

monte –con sus cafés literarios y librería–, desaparecida; Corrientes, sin las características que la hicieran mítica.

La destrucción de la ciudad tiene su paradigma en la inaudita transformación de un tramo del río en un pajonal de ratas –eufemísticamente llamado reserva ecológica– y en una laguna de aguas estancadas. Al habitante de una ciudad europea le es fácil seguir frecuentando a lo largo de su vida los mismos sitios, y reconocerse en ellos. En Buenos Aires, esto es imposible; no sólo el barrio de la infancia no existe, sino que los lugares que frecuentábamos hace pocos años ya no son los mismos. Ni siquiera vale la pena acostumbrarse a los lugares nuevos, porque inexorablemente van a desaparecer en poco tiempo; hay que empezar siempre de cero, con una sensación de vacío e inestabilidad.

Las calles han dejado de ser lugares de paseo para transformarse en rutas de circulación de automóviles y de ese modo han perdido la animación que no consiste en el movimiento de máquinas a toda velocidad sino de gente que camina. Contrariamente a lo que se hace en otras partes, en Buenos Aires se sigue alentando la locomoción privada antes que la pública. El auto desplazó a la gente; la playa de estacionamiento, a la vivienda, y la autopista, que aísla, a la calle, que congrega. La contaminación atmosférica, el tránsito caótico, la constante transgresión de las normas y los consiguientes accidentes, una de las principales causas de muerte, no preocupan a las autoridades, pues no toman medidas. Según las estadísticas, Buenos Aires ocupa el segundo lugar en el mundo en accidentes automovilísticos. Es más probable encontrar la muerte atropellado por un coche que por las balas de un delincuente; sin embargo, sólo lo segundo parece alarmar.

El caminante sin rumbo, el *flâneur*, que era el verdadero personaje de la ciudad moderna, ha pasado a ser algo anacrónico. Para el hombre «chofe-rizado», cuya vida transcurre bajando en ascensor desde el departamento hasta la cochera para dirigirse a otra playa de estacionamiento, la calle no existe: sólo la ve de reojo en raudo vuelo y a través de vidrios oscuros. Por otra parte, ya no hay nada atractivo para ver en las calles, invadidas por la fealdad y el desorden de tenduchas llamadas «maxiquioscos». Muy lejos están aquellas vidrieras de *Harrod's* decoradas por Soldi, Basaldúa o Raquel Forner.

Todo desalienta al caminante, el espacio público ha sido ocupado por vendedores ambulantes e instalaciones –puestos de diarios, carteles, macetones, prolongación de los negocios en las veredas– que convierten algunas de éstas en desfiladeros. Ciertos barrios de vanguardia, como Catalinas Norte, constituyen, como lo ha señalado César Pelli, un error urbanístico:

la homogeneidad los convierte en zonas muertas, desiertas fuera de las actividades específicas que se realizan en el interior de sus herméticos edificios.

La animación callejera que añoramos no debe confundirse con la falsa alegría de las luces chillonas y la contaminación sonora. El silencio es un tabú: Buenos Aires es la tercera ciudad más ruidosa del mundo, después de Hong Kong y San Pablo. Vivimos inmersos en un ruido incesante, total: bocinas, escapes de aire, camiones que transmiten propaganda comercial o política, sonidos de radios y televisores, en quioscos, negocios y hasta en las estaciones de subterráneo, lo que obliga a la gente a hablar a gritos y aumenta, de ese modo, la confusión, la sensación agobiante de caos y la consiguiente irritación, agresividad y estrés crónico de los porteños.

El ruido ha terminado también con otra institución clásica de la sociabilidad urbana; el café. Ariès llegó a hablar de la ciudad moderna como la «civilización del café». Sobreviven locales que llevan ese nombre, pero han perdido el espíritu. Ya son muy pocos los que no tienen televisor y música a altos decibeles, que dificultan la lectura, el diálogo o aun la calma necesaria para la distensión. La variedad de gustos, de estilos de vida, queda anulada por el delirio de unanimidad que impone la pantalla televisiva omnipresente. Fijada, por añadidura, en un solo y único programa: el fútbol.

Hasta en los barrios más tranquilos, las noches son perturbadas por el alboroto: grupos de adolescentes alcoholizados se congregan alrededor de los quioscos abiertos las veinticuatro horas. Paradójicamente, el lugar donde el silencio esta más ausente son los alrededores del cementerio de la Recoleta.

Pero todavía hay una nueva vuelta de tuerca en la destrucción de la ciudad, y es el fenómeno migratorio de las clases altas hacia las casas en las afueras, los *countries* o barrios cerrados, que significan el abandono de la civilización urbana y el retorno a la aldea y su hostilidad para los forasteros. La ciudad ha creado formas de sociabilidad superiores a las de los comunitarismos cerrados, localistas, porque permite múltiples encuentros y variadas relaciones. La degradación de la ciudad hace peligrar, por tanto, la libertad y la autonomía individuales, la pluralidad de costumbres y la tolerancia ante lo diferente.

La responsabilidad de la crisis de la ciudad es compartida, como en todo fenómeno complejo, por una variedad de actores: especuladores inmobiliarios que impiden todo intento de planeamiento urbano mediante la presión y el soborno a funcionarios corruptos, arquitectos y diseñadores que imponen sus gustos volátiles y, en fin, la propia sociedad civil, que, en general, carece de cultura urbana, de memoria y de conciencia de la importancia de la ciudad para la calidad de la vida cotidiana y de la intimidad.